

naturaleza que el hombre no ha podido todavía penetrar!

La consternación más profunda reinaba entre los compañeros de Colon, que se estremecían al volver su vista al espacio que habían recorrido; espacio que les parecía inmenso; aunque el almirante había tenido cuidado de disminuirse lo menos en una tercera parte, engañándolos con un cómputo falso; pero la declinación de la brújula, era la principal causa de su espanto, puesto que anunciaba una revolución en el orden de los elementos y en las leyes de la naturaleza.

—¿Qué va á ser de nosotros, exclamaban afligidos, cuando la aguja de marear, nuestro único guía, nos abandona?

Colon, cuyo fecundo ingenio para todo hallaba salida, explicaba á sus compañeros aquel fenómeno de un modo que les satisficiera y no perdiesen sus esperanzas, cuando se notó de improviso que las embarcaciones caminaban sin cesar empujadas en línea recta hácia el Oeste, lo que fué un nuevo motivo de espanto. Como ignoraban la acción é influencia de los vientos llamados alisios, que reinan constantemente entre los trópicos, de Este á Oeste, se inquietaban con fundamento, creyéndose separados para siempre de las costas de España por aquel terrible viento del Este.

Ya comenzaban á tranquilizarse un poco, cuando el mar se les apareció, tan lejos como su vista podía alcanzar, cubierto de yerbas verdes, tan espesas en algunos parajes, que entorpecían la marcha de la nave.

—He aquí, exclamaban, el límite de que no deben pasar los buques: estas yerbas son una insuperable barrera levantada por el mismo Dios, y ocultan las rocas donde deberá estrellarse la nave que tenga la audacia de pasar adelante. ¡Irémos á perdernos con nuestras embarcaciones en ese mar, del que la prudencia aconseja alejarnos? Desgraciada la hora en que nos hemos fiado de las promesas falaces de un aventurero, y en que hemos consentido en seguirle.

Colon, cuya prudencia y sangre fría se sostenían á la altura de tan apuradas circunstancias, les decía:

—Os alarmais por una cosa que debía, por el contrario excitar toda vuestra alegría, puesto que anuncia que ya vais á cojer el fruto de vuestros afanes y el premio de vuestros esfuerzos. . . . ¿Es posible que la yerba crezca en medio del mar? Esta vejetación pertenece á un continente, del que no distamos mucho, y que va bien pronto á presentarse á vuestros ojos.

En el momento en que Colon pronunciaba estas palabras, el equipaje vió una bandada de pájaros de distintas especies, que levantaban el vuelo por el lado del Oeste. Con semejante espectáculo, revivieron todas las esperanzas, y considerando seguro el triunfo de la expedición, no pensaron más que en seguir con ardor el rumbo hácia aquella tierra que parecía tan cercana.

Mas ¡ah! las conjeturas que habían hecho á vista de la yerba que cubría la superficie del mar y del vuelo de las aves, eran otros tantos errores, y

una triste realidad disipó las ilusiones del almirante y sus compañeros. Habían ya recorrido un espacio de setecientas setenta leguas marinas, y todavía no se presentaba el ansiado continente; pero de cuantos hombres iban en las tres carabelas, solo Colon era capaz de calcular el camino que se andaba; y recurriendo á su ardid acostumbrado, anunció á sus compañeros que solo quinientas ochenta leguas habían sido andadas por la escuadra.

Peró aquella vasta extensión de mar que los separa de su patria, los llena de terror, y los gemidos, las quejas y murmullos empiezan de nuevo; tan pronto se acusan por haber escuchado las alucinadoras palabras de Colon, dejándose engañar por sus quiméricas promesas; tan pronto culpan á la reina Isabel por haber sacrificado tantos vasallos en una loca empresa.

—Gracias á Dios, decían, ya hemos dado bastantes pruebas de valor, para no temer el que nos llamen cobardes; ahora nos toca pensar en nuestro provecho, y aventurarlo todo por volver á nuestra patria. . . . pero el viento que viene constantemente del Este, ¿no nos quita hasta la esperanza de volver? Obliguemos al almirante á que se detenga y renuncie á sus insensatos proyectos.

Todavía era mayor el peligro que amenazaba á Colon: algunos compañeros suyos proponen deshacerse de él, y darle sepultura en aquel mar desconocido, adonde su loca audacia quiere conducirlos.

—¡Al mar el almirante! ¡Al mar el autor de todos nuestros males! exclaman; si hemos de perecer, que no sea sin venganza! ¡A nosotros pertenece castigar al aventurero cuya perfidia nos pierde! ¿Qué le importa á la España la vida de este aventurero, que se ha burlado de ella, que ha espuesto la de tantos españoles que todavía podían ser útiles á su patria? ¿Que muera! A nadie se le ocurrirá, si Dios nos deja volver á España, pedimos cuenta de este hombre; y al saber nuestra venganza, todos nuestros compatriotas la aplaudirán como un acto de justicia.

Perdido era el almirante, si cedía un momento á la rebelión, si se manifestaba asustado ó indeciso. Colon se presenta delante de los sediciosos: la serenidad de su rostro y su calma contrastan con las violentas pasiones que se pintan en los semblantes de sus compañeros. Finje ignorar que atenta contra su vida, y les dice:

—¿Qué es lo que acabo de saber, amigos míos? ¿Cual es vuestra intención?

—Queremos volver á España. . . . ¡Volvednos á nuestra patria! ¡Volvednos al puerto de Palos!

Estos gritos son repetidos con furor por todo el equipaje, acompañándolos con ademanes de amenaza.

—¿Queréis volver á España? No obstante, hace poco tiempo que confiando en mí, estábais llenos de esperanza y jurábais seguirme á todas partes, porque estábais convencidos de que no os engañaba. ¿De dónde proviene esta mudanza? ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Que es lo que os da derecho para acusarme de temerario ó de impostor? ¡En el momento mismo de llegar al término de la empresa, que-

reis alejaros de él vergonzosamente! ¿Sois españoles y tendréis miedo?

A estas palabras, que el almirante dirigía con intención al orgullo de los hombres que le rodeaban, un estremecimiento eléctrico, síntoma de la manifestación de sentimientos generosos, advirtió Colon que no se equivocaba. Por lo mismo exclamó levantando la voz:

—Españoles, ¿teneis miedo?

—No, no, respondieron marinos y soldados, llevando la mano á las espadas.

—¡Ah! lo reconozco con placer; todavía sois los dignos hijos de la España, y podéis escuchar el lenguaje del honor. Queréis volver á vuestra patria y regresar al seno de vuestras familias: mas no es el temor del peligro el que os hace retroceder antes de cubriros de gloria en la empresa á que os he asociado. Sin embargo, amigos, ¿qué dirá la España viendo que os presentais sin haber llevado á su debido término la empresa grandiosa que os había encomendado, sabiendo que habeis desobedecido á vuestro jefe y abandonado á los extranjeros el nuevo universo que pudiérais haber dado á vuestra patria?

—Tampoco ellos le han de encontrar, respondió una nueva voz que interrumpió al almirante.

—¿Quién os lo ha dicho? ¿Habeis merecido conquistar ese nuevo mundo que os he prometido? Decid las tempestades que habeis tenido que arrostrar, los padecimientos que han puesto á prueba vuestro valor. Vuestra navegación ha sido lenta tal vez; pero tranquila y en un mar sin borrascas. ¿Habeis tenido que lamentaros de aquellas horribles privaciones con las que el marino lucha con frecuencia en sus viajes? No, solamente la tierra tarda en ofrecerse á vuestra vista; ya la veréis dentro de algunos días, mañana tal vez, y, ¿es posible que no tengais paciencia para esperar tan corto tiempo?

—Mas si despues de seguirus, salimos con que han sido inútiles nuestras pesquisas, ¿quién nos volverá á España? preguntó Alvarez, uno de los marineros más antiguos de la *Santa María*.

—Yo, replicó al instante Colon.

—¿Mas si el viento se mantiene siempre al Este?

—Cambiará, yo os lo prometo; y favorecerá nuestro regreso á España, en cuanto hayamos correspondido á la confianza de nuestros augustos soberanos el rey Fernando y la reina Isabel. . . . pero observad, mis queridos amigos, el cielo quiere darnos una prueba de su protección: mirad, nuevo viento es el que infla nuestras velas. . . es el viento del Sud-oeste.

—¡El viento del Sud-oeste! ¡el viento del Sud-oeste! exclaman los hombres del equipaje al ver la nueva dirección comunicada á las velas, estrechándose despues al rededor del almirante, para renovar un juramento que habían estado á punto de quebrantar.

Aquellos marinos subyugados de esta suerte por el ascendiente de un hombre superior y su poderosa palabra, habían vuelto á entrar en la senda del deber, y habían recobrado toda su confianza en el buen resultado de la expedición, porque el repenti-

no cambio del viento los tranquilizaba plenamente acerca de la posibilidad de volver á su patria. Otros indicios de las cercanías de la tierra confirmaron bien pronto las palabras de Colon y las nuevas esperanzas que había hecho concebir á sus compañeros. Un día, el comandante de la *Pinta*, que iba siempre delante como la más velera, dió aviso al almirante de que creía distinguir tierra al Norte, como á unas quince leguas. Esta noticia excitó transportes de alegría: suplicaron á Colon que se dirigiese hácia aquella parte; pero el almirante, seguro de la exactitud de sus cálculos, sabía que el capitán de la *Pinta* estaba equivocado, y continuó el rumbo de Este á Oeste, sin ceder á los ruegos ni aterrarse por las amenazas.

Fácil le hubiera sido sin duda alguna, apartarse un momento de su ruta y dirigirse hácia el punto designado por Pinzon, mas su inteligencia superior le daba á conocer las fatales consecuencias de la concesión que hubiera podido hacer á las exigencias de sus compañeros. Convencido del error del capitán de la *Pinta* hubiera justificado las dudas de la tripulación acerca de la habilidad del almirante y la exactitud de su plan de viaje. Un ligero extravío sin resultados podía alterar la confianza que inspiraba, siendo además un funesto precedente del que sus súbditos se prevaldrían para escijirle imperiosamente modificaciones en sus proyectos, y aún tal vez dictarle su voluntad. Colon se portó como hombre experimentado, y las consecuencias de su viaje harto probaron que se había conducido con mucha prudencia, resistiendo á las importunidades del equipaje.

Al otro día por la mañana vieron muchas aves marítimas, y Colon suponiendo que no podrían alejarse mucho de tierra, se creyó que le venían á anunciar su cercanía. De su engaño participaron también sus compañeros, hasta que la sonda desvaneció sus esperanzas: no se encontró el fondo, ni aún despues de haber soltado doscientas brazas de cuerda, que hacen casi mil doscientos pies. Se estaba por consiguiente muy lejos de la tierra, porque es sabido que el mar tiene regularmente poca profundidad en la inmediación de las costas. Al caer de la tarde del siguiente día, vinieron unos pájaros muy cantarines á encaramarse en las gubias, distraiendo á la tripulación con sus alegres trinos. Pasaron toda la noche en aquella posición, y al amanecer del siguiente día, echaron á volar hácia el Oeste.

Poco despues se vió un pájaro de los trópicos, y por último, un espectáculo extraño, inesperado, causó la más viva sorpresa á todos los hombres de la expedición: era una nube de peces voladores que se elevaban fuera del agua: algunos vinieron á caer sobre el puente, donde cojidos y examinados con la mayor atención, nadie se cansaba de observar la longitud de las extrañas nadaderas que les servían de alas. Por la noche se vió el mar cubierto de yerba, y del conjunto de estas circunstancias deducía la tripulación, que no se tardaría en descubrir tierra; mas los días se sucedían á las noches, y cuanto más avanzaban en aquel Océano sin límites, mas

distante parecía la tierra al impaciente anhelo de los compañeros de Colon. Entonces empezó á cundir á bordo de las tres carabelas el espíritu de sedición, que no tardó en estallar, con la particularidad de que los oficiales, que habian permanecido fieles á Colon, hacian ya causa comun con los marineros. Prosentóse aquel á los revoltosos, queriendo acudir á los medios que tan bien le habian probado otras veces; pero ellos no quieren escucharle. Sus gritos cubren su voz, le insultan le ultrajan, y le amenazan con la muerte si inmediatamente no dispone que la expedición dé la vuelta hácia España.

Era preciso ceder á morir: ceder era ir á esponerse á la burla de todo un pueblo, y condenarse á un oprobio eterno! La muerte le parecía mil veces preferible á la vergüenza de volver á España; pero los sublevados esijian pronta respuesta. Colon les pidió tres dias mas de resignacion y de obediencia; si en este plazo no descubria un continente se comprometia á volverlos á España, garantizándose por una y otra parte la ejecucion de este convenio con mútuas protestas.

Colon estaba sin inquietud, porque los indicios de la cercanía de tierra eran cada vez mas frecuentes: y le daban la certidumbre de que abordaria á ella antes del termino fijado en el convenio. Ya la sonda, que hacia tres dias llegaba al fondo del mar, se hundia en el cieno; ademas millares de pajaritos á quienes la cortedad de sus alas no permitian alejarse mucho de las costas, volaban hácia el Oeste; tambien sacaron del mar un arbusto cubierto de un fruto encarnado y fresco todavía, y por último los vientos eran menos variables, particularmente al acercarse la noche. Estos eran otros tantos presagios de que se llegaba por fin al término de aquella larga y penosa navegacion, y de que Colon iba á recibir el premio de su constancia heroica.

Era tal la certidumbre que tenia el almirante de la proximidad de la tierra, que al anoecer del siguiente dia encargó á sus compañeros que diesen gracias á Dios, que les habia dado una prueba tan palpable de su proteccion en una empresa tan arriesgada: despues prescribió todas las medidas que aconsejaba la prudencia. Así mandó que se plegasen las velas, temiendo con razon que durante la noche las embarcaciones fuesen á dar contra la costa, donde corriesen peligro.

El almirante recordo á sus compañeros la promesa que habia hecho la reina Isabel al primero que descubriese el nuevo continente (1). Durante toda la noche, oficiales, marineros y soldados se estuvieron de pié derecho sobre el puente de sus naves, en la mayor agitacion, y sin apartar la vista del punto por donde esperaban ver aquella tierra por tanto tiempo deseada.

Hácia las diez de la noche, Colon, que estaba en el castillo de proa, creyó que veia brillar una luz allá á lo lejos, y llamando á un paje de la reina, que

(1) Los reyes católicos habian prometido diez mil maravedís de juro al primero que descubriese la tierra, y Colon por su parte prometió tambien un jubon de seda.—El primer español que vio la tierra, y por consiguiente alcanzó el premio, fué un marinero de la Pinta llamado Rodrigo de Triana.—[Nota del traductor].

iba á bordo, le enseñó aquella luz. El jóven la distinguió tambien, y aún se la hizo notar á otra persona que entonces se llegó á ellos. Los tres convinieron en que aquella luz era móvil y que un viajero debia llevarla.

De improviso, á las dos de la madrugada, la tripulacion de la Pinta lanza el grito de; *Tierra! tierra!* que repetido al instante por las tripulaciones de las otras dos carabelas, llena los corazones de alegría. Sin embargo, como tantas veces habian consentido, para ver despues burladas sus esperanzas, esperaron la venida de la aurora, para estar seguros de que esta vez no se equivocaban, y que habian por fin conseguido el objeto de la expedición. En fin, las tinieblas se disipan poco á poco; el horizonte se tiñe con los reflejos de la naciente aurora, y la tripulacion de la Pinta, á vista de la tierra, entona el *Te Deum* acompañada por los marineros de las otras dos carabelas, que tambien dirijen al cielo la expresion de su agradecimiento. Todos los corazones palpitan, las lágrimas corren, y apenas han satisfecho aquel piadoso deber cuando piensan espirar por medio de una ruidosa reparacion los ultrajes y violencias que han hecho al almirante. Aquellos mismos hombres, que poco antes desconocian su autoridad y amenazaban su existencia, se arrojan á sus piés para implorar el perdon de su infame conducta. Colon, enternecido por la sinceridad de su arrepentimiento, les promete olvidar lo pasado: su magnanimidad corre parejas con su valor y se ostenta entonces tan jeneroso, como inalterable se habia manifestado en la lucha contra la rebelion.

La tierra que tenian á la vista era una de las islas Lucayas ó de Bahama, y se llama Guanahani. Colon, agradecido al pais á cuyo descubrimiento debia su salvacion, le puso el nombre de *San Salvador*; pero no ha conservado este nombre que perpetuaba un recuerdo tan grande y piadoso.

Por algunos instantes, el equipaje, inmóvil de sorpresa y absorto en muda contemplacion ante una tierra desconocida hasta entonces, admiraba aquel risueño paisaje dorado por los primeros rayos del sol, y la verde guirnalda de sus bosques, cuyos perfumes y fertilidad revelaban á la vez la embalsamada brisa que de ellos venia. Nadie se saciaba de contemplar aquella vegetacion vigorosa que ostentaba y prodigaba por todas partes sus tesoros: por todas partes frutas, flores, bosquetes, por entre los cuales serpenteaban muchos riachuelos, multiplicando las vueltas y revueltas de su caprichosa corriente, para hacer mas variado y ameno el conjunto de aquel cuadro encantador. Así los españoles y su noble jefe saboreaban desde lejos y en cierto modo, el placer de su conquista, y su enajenamiento era casi un delicioso éxtasis.

Colon dió por fin la órden de botar al mar las chalupas, y entró en una de ellas para dirigirse á la costa al compás de una música militar. Sus principales oficiales le acompañan, y por encima de sus cabezas se despliegan y ondean las banderas españolas, adornadas de cruces verdes entre las letras F é I (iniciales de los nombres Fernando é Isabel) terminadas por sus coronas.

Al paso que las chalupas se iban acercando, los naturales acudian en tropel á la costa, manifestando en sus ademanes, en sus jestos y en la expresion de su fisonomía la sorpresa que les causa la maravilla de aquellas embarcaciones europeas de colosales proporciones, de aquellos castillos con alas que se balanceaban noblemente en la superficie del mar. Pero, cosa estraña y que parece á los españoles un verdadero enigma, aquellos isleños manifiestan la mayor seguridad, sin dar indicio alguno de terror ó de cuidado, á vista de aquellos extranjeros cuyas intenciones no conocen, de aquellas banderas, de aquellas armas que brillan á los rayos del sol, ni con el ruido de los instrumentos de una música guerrera que parece la señal de las batallas.

Cuando la chalupa de Colon llegó á la costa, el almirante llevando puesto un brillante vestido de terciopelo de color de escarlata, y con la espada en la mano, saltó el primero en tierra: él fué el primero que puso el pié en aquel nuevo universo que acababa de descubrir.

Sus compañeros se lanzan en pos de él, se prosternan al instante para besar la tierra, y allí humildemente postrados delante de Colon, le saludan como á virey del Nuevo Mundo, y renovando sus juramentos de fidelidad, le prometen una obediencia sin límites y docilidad esclusiva.

Despues de esta afectuosa manifestacion, despues de haber rendido este homenaje al jenio de un grande hombre, fijaron una cruz en la costa. Todos los hombres de la expedición, arrodillados ante aquel sacrosanto signo, ofrecen á Dios nuevas acciones de gracias, y despues el almirante toma solemnemente posesion del pais en nombre de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel.

XIII.

CONSPIRACION CONTRA PIZARRO.

Despues de la muerte de Colon, muchos aventureros se lanzaron á seguir sus huellas, lisonjeados con la esperanza de contemplar en el continente americano los descubrimientos de aquel grande hombre. Entre estos cita la historia como mas notables por la importancia de sus conquistas, á Hernán Cortés, natural de la villa de Medellín en Estremadura, que sometió el reino de México al dominio de España, y Francisco Pizarro, extremeño tambien, nacido en Trujillo el año 1475, que conquistó el vasto y opulento imperio del Perú, y cuyo desastroso fin vamos á relatar (1).

Al fin pudo Pizarro rasgar el misterioso velo que cubria los sucesos de Cuzco y conocer la estension de sus pérdidas y lo grave de su situacion, recibiendo una tras otra las mas siniestras noticias. Supo casi al mismo tiempo la muerte de su hermano

(1) La relacion que sigue está tomada de la Historia de la conquista de América, por Campe; traduccion del señor don F. Fernandez Villabrille.

Juan, el regreso de Almagro, el cautiverio de sus otros dos hermanos y la derrota de su teniente Alvarado: pero la enerjía de su alma y la firmeza de su carácter no se abatian con tan repetidas desgracias. Conociendo la buena fé de Almagro, resolvió armarle un lazo, y en el resultado de una nueva perfidia fundó toda su esperanza de triunfar definitivamente de un rival que debia ser víctima aún de su lealtad.

Pizarro esperaba de un momento á otro un considerable refuerzo que le habian de enviar desde Panamá: le interesaba mucho por esta razon, el ganar tiempo y reducir á Almagro á la inaccion, haciéndole proposiciones pacíficas y entablando negociaciones que intentaba fuesen muy despacio. Mientras que Almagro, engañado con las demostraciones de Pizarro, se abstenia de todo movimiento hostil, no se estaba este con los brazos cruzados: trabaja en fortificarse, en reclutar su ejército, y en procurarse considerables refuerzos de hombres y municiones. Ya estaba en vísperas de revelar sus proyectos cuando le llegaron su hermano Gonzalo y Alvarado, que logrando escaparse de la prision, le presentaron sesenta jinetes que habian atraído de los de Almagro. Este inesperado socorro colmó de alegría á Pizarro, que se sintió desde entonces con fuerzas suficientes para ir en busca de sus enemigos. Pero Hernando Pizarro se hallaba aún prisionero, y el gobernador, antes de declararse como enemigo y cortar las negociaciones, queria privar á Almagro de tan preciosa garantía.

Aparentó entonces que deseaba con mas empeño una sincera reconciliacion y propuso á Almagro que sometiese su pleito al arbitrio del emperador. Almagro aceptó al instante la propuesta, y Pizarro, creyendo que todavía podria obtener algo mas de la crédula confianza de su generoso competidor, le pidió pusiese en libertad á su hermano, para enviarle á España como plenipotenciario cerca del emperador. Almagro abrió á Hernando las puertas de la prision, mas apenas estuvo libre, cuando Pizarro declaró á su rival que solo la guerra podria decidir entre ellos y juzgar su querrela. Su ejército habia sido reforzado con numerosos reclutas, y se contaban en él dos compañías de arcabuceros, cosa muy extraordinaria, porque en aquella época el uso de las armas de fuego no estaba generalizado ni aún en Europa. Confió el mando de la mayor parte de sus tropas á sus hermanos, que ansiosos de vengarse de Almagro, al instante se pusieron en camino. Fácil le hubiera sido á Almagro, apostándose en los desfiladeros de los Andes ó Cordilleras que el enemigo tenia que atravesar, aniquilarle en ellos y terminar la guerra con un golpe decisivo, porque se asegura que los viajeros, al pasar de las ardientes llanuras de Quito á los Andes siempre cubiertos de nieve, se ven atacados de aquella enfermedad á que pagan doloroso tributo casi todos los marinos en su primer viaje, y que por esta circunstancia se llama el mareo.

Almagro quiso mejor esperar á su enemigo en las llanuras de Cuzco: lo primero, porque no queria que recayese en él la odiosa responsabilidad de la agre-